

FAX 301-94-74

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

"CUADERNOS NOVENTA", A LA
ATENCIÓN DE FRANCESC TRILLA

SICOANÁLISIS Y SOCIALISMO

José Agustín Goytisolo

Tengo un grupo de amigas y amigos siquiátras, que se reúnen, de tanto en tanto, para hablar del objeto y de los cambios que ha sufrido su profesión. Me gusta que me acepten, pues saben que es un tema que me interesa, y me han ayudado a tomar unas notas que me han servido para entender su problemática y también para hacer este escrito. Dos de ellos son latinoamericanos, y el resto, españoles.

Cuando plantearon el tema de las relaciones entre socialismo y sicoanálisis creí que era una cuestión que no daba para mucho, que estaba ya liquidada. Pero no era así, y ahora voy a exponer lo que entendí.

Ellos consideran que el socialismo y el sicoanálisis han de ser considerados como los dos grandes mitos, o mejor, las grandes utopías del siglo XX, puesto que ambas tratan de la liberación del hombre. Ambas utopías tomaron cuerpo y vigor después de la Primera Guerra Mundial, aunque las dos ya se habían expuesto teóricamente muchos años antes.

Fueron aceptadas por los países en los que se daba y se vivía la modernidad: las que daban primacía a la razón sobre la naturaleza; las que buscaban un proyecto para la emancipación humana en este mundo; las que creían que el proceso histórico era siempre ascendente; y en fin, las que estaban abiertas a cualquier innovación creativa.

El sicoanálisis prendió con fuerza en los países anglosajo-

nes, aunque con diversas tendencias: la principal, la de Freud, el maestro, prosperó en casi todas partes, pero sus discípulos y luego críticos de algunos matices de su obra, Jung y Adler, también se abrieron camino.

En los años veinte, el método psicoanalítico se infiltró en las clases medias y altas de los países europeos. Pero precisamente en donde el socialismo se había instaurado en el poder, en la URSS, el psicoanálisis no fue aceptado pues se consideró que sus métodos eran una expresión de la cultura burguesa, y que además chocaban con varios de los dogmas marxistas, como el materialismo dialéctico, que pregona la liberación consciente de todos los hombres, y que Freud y su psicoanálisis querían liberar el inconsciente de la humanidad, pero de uno en uno.

Sigo con mis notas. Así ha sido que en este siglo se ha dado un psicoanálisis sin socialismo, y un socialismo sin psicoanálisis. Esto puede deberse a que los países capitalistas se construyeron con menos violencia que la Revolución Rusa, que fue durísima, acosada desde el exterior y con tan grandes problemas políticos y económicos que, setenta años más tarde, han acabado con los países marxistas-leninistas: del socialismo sólo se ha salvado la antes tan denostada socialdemocracia.

Hubo que esperar a que Wilhelm Reich trabajara sobre la hipótesis de que era posible la relación y convivencia entre el psicoanálisis y el socialismo, enfrentándose a tres grandes fuerzas: el stalinismo, la ultraderecha y la actitud conservadora de muchos psicoanalistas. Reich murió loco, y uno de sus antagonistas más notorios, Georges Politzer, que oscilaba entre su dogmatismo marxista y su fascinación por el psicoanálisis, fue asesinado por los nazis.

En los años sesenta, Louis Althusser reivindicó el descubrimiento freudiano a la luz de un socialismo no dogmático.

Siguió la controversia sostenida por Herbert Marcuse y Erich Fromm, que volvió a poner sobre la mesa de las discusiones la posible relación entre psicoanálisis y socialismo: se habla ya directamente del freudomarxismo.

Los años sesenta y setenta fueron tiempos de acercamiento entre una técnica para curar la síquica y una ideología política. Son los años de apogeo del psicoanálisis en todas sus escuelas y en todas sus variantes: arraiga más que nunca en Europa Occidental, en USA y en ciertas capitales de la entonces rica América Latina, como Santiago de Chile, Montevideo y, por encima de todas, Buenos Aires.

El psicoanálisis tenía prestigio social, los psicoanalistas estaban bien pagados, y se podían permitir escritos sobre el freudomarxismo.

Los años ochenta representan un retroceso para el psicoanálisis. Los estudios e intenciones sociales avanzadas de los siquiátricos, o son olvidados o son prohibidos, caso de América Latina, y se impone una posmodernidad que intenta hacer borrón y cuenta nueva y olvidar todo lo sucedido. Ya no se debe lograr de hacer compatible psicoanálisis y socialismo, queriendo así no tener que dar una respuesta coherente y armoniosa a los problemas sociales y a los del individuo.

El freudomarxismo había sido un enfoque, un método de trabajo de psicoanalistas y filósofos, con un fondo ideológico común. El pensamiento posmoderno de los años ochenta ha lanzado por la borda la categoría de fundamento teórico, con lo que inutilizó todo intento de legitimar el freudomarxismo.

La anarquía, me dicen, parece haber diseminado los restos del naufragio de un psicoanálisis progresista: se ha vuelto a la oficialidad, en todas sus variantes, desde psicoanálisis clásico hasta el intento de Lacan de conducir el psicoanálisis hasta las fronteras mismas de sofisticación teórica.

Mis amigos los siquiátricos dicen que para ellos un punto de

partida es saber lo que ha ocurrido, que es lo que yo intento resumir aquí, y por qué ha ocurrido; pero todo esto para luego no volver a mirar atrás con añoranza. Hay que pensar en los años venideros, en los años noventa que ya han comenzado.

Nunca debemos quedarnos inactivos ante la situación actual, dado lo insoportable de las condiciones de vida en las sociedades avanzadas -de las otras es mejor no hablar, pues les da vergüenza, dicen-.

Frente a las realidades existentes no hay que actuar de un modo frontal, sino como empleando métodos guerrilleros, es decir, influyendo por sectores o frentes separados.

En todo caso, afirman, se ampliará el psicoanálisis oficial pero también se puede introducir poco a poco el psicoanálisis marginal; se puede integrar el psicoanálisis en los estudios interdisciplinarios; se ampliará la psicoterapia de pareja, y también la de grupo; se puede desarrollar mucho la técnica del psicodrama; se desarrollarán los estudios y actuaciones que favorezcan la causa del feminismo...

Observo que los tiempos están difíciles, y lo digo porque cuentan que la clientela, en sus consultorios privados, ha descendido mucho, y ellos y ellas han de ayudarse con otro trabajo por las mañanas, lo que lleva al agotamiento. Por otra parte, y en muchas funciones, los psicólogos han sustituido a los psiquiatras: en el estudio de la conducta humana en sus manifestaciones y su estructura, en la primacía que otorga a los aspectos genéticos y a los factores hereditarios.

El marxismo, como praxis, ha sufrido una caída mortal, pero la psiquiatría, y lo dicen como quien pronuncia un deseo ardientemente, debe salvarse, no verse arrastrada por la utopía caída. Y todo pensando en la sociedad, y no únicamente por el, o la cliente que, tendido en un diván, habla durante una hora, varias veces a la semana, con su analista.